Torre de Papel

A partir de los 9 años

Las descabelladas aventuras de Julito Cabello

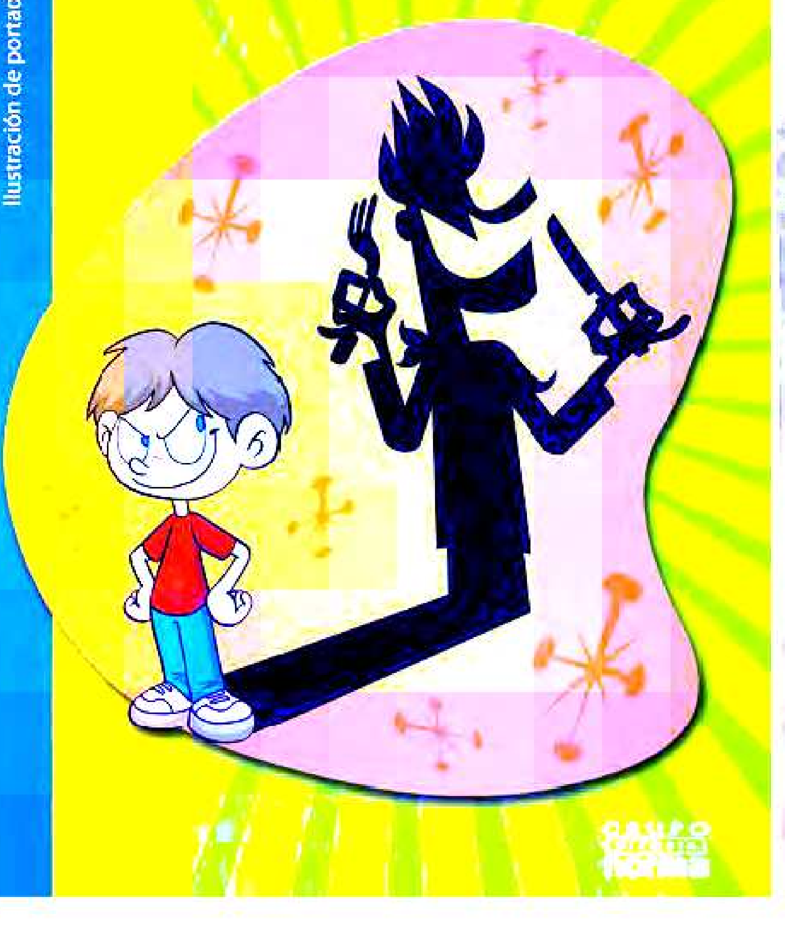
Esteban Cabezas

Ilustración de portada: Marko Torres

GRUPO EDITORIAL norma

Las descabelladas aventuras de Julito Cabello

Esteban Cabezas



GRUPO EDITORIAL norma



Las descabelladas aventuras de Julito Cabello

Torre de Papel
GRUPO EDITORIAL norma

Esta es la divertidísima historia de Julito Cabello, un niño muy inquieto y con demasiadas ocurrencias. Un día, tras haber cenado fuera de casa la noche anterior con su padre, que es crítico especializado de restaurantes para un importante diario, decide escribir su propia reseña y enviarla a un periódico bajo un pseudónimo. Lo que no alcanza a prever es que su crítica tendrá un éxito devastador y que su padre se verá en grandes aprietos en su trabajo. ¿Cómo hará Julio para resolver este enredo?

Esteban Cabezas

Es chileno y ha sido monaguillo, scout, actor aficionado, libretista de televisión, fotógrafo de bandas de rock, editor de cultura de distintos medios, crítico de cine y crítico de restaurantes. Es calvo y no es flaco. Y la primera vez, no es simpático. Con esta novela, obtuvo una mención especial en el Premio Norma-Fundalectura 2005.

A partir de 9 años

CC 11737

7 706894 117376

www.norma.com

Cabezas, Esteban
Las descabelladas aventuras de Julito Cabello / Esteban Cabezas ; ilustraciones Marko Torres. — Bogotá : Grupo Editorial Norma, 2004.
144 p. : il. ; 19 cm. — (Torre de papel. Torre azul)
ISBN 956-72-5098-7
Mención especial en el premio Norma-Fundalectura 2003.
1. Cuentos infantiles colombianos 2. Niños - Cuentos infantiles I. Torres, Marko, il. II. Tít. III.
Serie. I863.6 cd 19 ed.
AHU8434

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Impreso por Grafhika Copy Center
Impreso en Chile - Printed in Chile
Noviembre, 2004

Edición: Cristina Puerta
Diagramación y armada: Sonia Rubio
Diseño de cubierta: Catalina Orjuela Laverde

C.C. 11737

ISBN 956-7250-98-7

Contenido

Una simple explicación

Esta es una sola historia, pero es una sola historia de dos personas que son la misma persona. Suena ligeramente complicado, lo sé, pero como dice mi profesora, la gorda Elisa, conocida también como El Mamut con falda, con un buen ejemplo (y harta concentración) todo se entiende.

Por lo mismo, voy a usar un ejemplo que es del colegio, pero no de la gorda, sino del Bigote de brocha, que es el profe de Castellano. Pero ya, ya sé que me estoy desviando (mi mamá dice que siempre me ando alejando de lo importante, pero ¿qué es lo

importante, digo yo?), así que aquí va el ejemplo.

El caso que explicó el Bigote fue el de un poeta que se llamaba Pablo Neruda. Todos conocen a Pablo Neruda, aunque no lo hayan ni leído. El asunto, y esto puede ser traumático para algunos, es que Pablo no se llamaba realmente Pablo. ¿Sorprendí a alguien?

Más claro todavía: Si pasaban la lista en el curso de Neruda cuando él era chico, si la profesora decía "Pablo Neruda", nadie decía "presente". Porque aunque él estaba allí, él no era Neruda.

¿Por qué?

La razón es sencilla y difícil también. Sencilla porque no se llamaba Pablo, se llamaba Neftalí. Como la naftalina, unas bolas chicas y hediondas que las abuelas usaban para espantar a las polillas (y que se extinguieron, al igual que muchas abuelas). Y su apellido no era Neruda: era Reyes. Raro, ¿no?

La explicación de todo la encontramos años después (así hablaba el Bigote: en plural y como misterioso), cuando el joven Neftalí se puso poeta y decidió cambiarse el nombre. Escogió Pablo porque le sonó bien, y Neruda, por un señor Jan Neruda, de la lejana Checoslovaquia. Este señor Jan era poeta y también alguien a quien él admiraba (¿se imaginan si me pongo Super Mario Mortal Kombat? ¿O Sonic Pac Man? Mi mamá me mata).

Pero bueno. Ese era el ejemplo de cómo una misma persona puede tener dos nombres. O, mejor dicho, cómo una historia puede tener dos protagonistas que son la misma persona.

Toda esta explicación que parece documental de tele cable es para contarles algo. Que lo que van a leer tiene un personaje principal, yo, pero también hay otro personaje principal que también soy yo.

Y así es como parte todo este problema. Y un enredo que quiero desenredar.

Como que me llamo Julio Cabello (de verdad me llamo así, ¿ya?).

Pero saben que, antes de seguir adelante, tengo que dejar algo en claro de inmediato: Yo creo que Neruda se cambió el nombre porque Neftalí era un nombre súper raro. Lo del homenaje suena bien, pero le deben de haber fregado la infancia en el colegio con ese nombre. Los niños podemos ser (y me incluyo) muy idiotas con ese asunto. Y lo sé en carne propia, porque me llamo Julio Cabello.

Me dicen (entre muchos simpáticos sobrenombres) Julio Peluca, Julio Pelo, Julio Pelado y Tío Cosa, por el de los Locos Addams. Mi peinado no es nada del otro mundo, pero el apellido parece que sí.

Es duro tener un apellido así, aunque tengo dos amigos, Cabezón y Sordo, que lo pasan mucho peor. Y también hay otros casos, de niñas con papás que fueron *hippies* (vi una foto de ellos con el pelo largo y diría que hasta cochino), que se habían salvado de los apellidos, pero que no contaban con el maravilloso bautizo que las dejó convertidas en Almendra y Trigo Limpio.

También hay otro que tiene unos tremendos anteojos. Les podría contar todo lo que le dicen, pero eso da como para un libro aparte.

Así somos nosotros

Para que sigan entendiendo (no ha sido tan complicado finalmente, ¿cierto?), les voy a hablar de mi familia, porque ellos tienen mucho que ver en todo esto.

Mi papá y mi mamá son periodistas.

Escriben mucho y ponen su firma en todo lo que opinan.

¿Creen que esto es importante? Para un niño puede que no. Si hablaran de video juegos o de cómics, tal vez. Pero mi papá critica restaurantes y mi mamá escribe de plantas y jardines.

Mi papá se llama Julio Cabello, igual que yo (y así se llamaba también mi abuelo y mi bisabuelo y así, hasta el primer protozoo llamado Cabello). Mi papá escribe en un diario que se llama La Razón y mi mamá, en cambio, trabaja para una revista que se llama La Casa Feliz. Mi mamá (y vamos nuevamente con el asunto de los nombres) se llama Rosa Parada. No les estoy tomando el pelo (o el cabello, ja). Parece falso, pero es de verdad: Se llama Rosa, y escribe de flores. Pero como no le gusta como suena, firma como Rosa P. Bravo, que es su segundo apellido.

El asunto es que toda esta historia comenzó porque mi mamá se fue de viaje cuando la invitaron a una exposición de orquídeas (que son unas flores carísimas y rarísimas) a los Estados Unidos. Nos dijo adiós, dejó el refrigerador lleno de notitas pegadas con los imanes (como "La basura hay que sacarla el lunes y el jueves" y "Rieguen mis plantas o si no, los mato"), agarró a mi hermanito chico de apenas dos años, el Beltrán, y partió a Nueva York.

Mi papá, según les he escuchado a sus amigos, escribe muy bien, pero en cambio no es muy bueno para otras cosas, como ordenar la casa. Y eso lo digo yo.



Siendo muy sincero, es un poquito chancho.

Entonces esta es la escena: papá y yo, los hombres de la casa, abandonados a su cochina suerte. Y acompañándonos el Aarón, que es mi mejor amigo (y del que todavía no les hablo), de villano invitado en esta aventura. Porque justo, justo en esos enredados días, se había quedado a alojar.

Es que habían partido las vacaciones de invierno.

porque estando cuerdo no podría.

Y bueno. Ahí estábamos los dos esperando nuestros platos, padre e hijo. Un verdadero momento Kodak.

Lo que me tenía más tranquilo es que nadie iba a besar nuestros platos, como Jordi, porque o si no se quemaba. Y lo otro que me tenía tranquilo es que, pensándolo mejor, había decidido dejar mi doble militancia de hijo bueno y de crítico malvado.

En eso estaba yo, sintiéndome muy, pero muy bueno por mi decisión, cuando llegaron nuestros incendios.

Fue un poco difícil intentar comer entre el fuego, pero después de como media hora habíamos terminado.

Entre medio (cuando se me ocurrió soplar el plato), una llama comenzó a quemar las flores del medio de la mesa. Pero fue bien poquito.

Pero lo más sorprendente de todo es que mi papá estaba cada vez más feliz.

Le hablaba y hablaba a la grabadora, como si fueran viejos amigos que no se veían hace tiempo. Después de probar el vino, le comenzó a decir que el vino blanco tenía aroma a pasto recién cortado y a caballo sudado. ¿Aló? Y cuando comenzó a sorbe-

tear el vino tinto, le dijo que percibía un claro toque a goma quemada. ¡¿Qué?! Entonces, pensé yo, ¿para qué se lo tomaba?

Sinceramente, pensé que mi padre había tenido una recaída, pero como lo estábamos pasando tan bien, mejor me quedé callado.

Y la noche terminó a la perfección.

Apenas llegamos a la casa, mi papá me dijo "Buenas noches, *cof*", se encerró en su escritorio y comenzó a carraspear como en sus mejores días.

Yo me fui a mi dormitorio y le mandé un *mail* al Aarón.

Primero que nada, para contarle que Artichoke no iba más. Y luego para explicarle qué era el flambeado, que el vino tenía olor a caballo y también a barricada con los neumáticos en llamas.

Casi me quedé dormido sobre el teclado del computador. Y si hubiera sido así, tal vez habría sido mejor. Porque no hubiera mandado ningún *mail*.

Ya les contaré por qué hubiera sido mejor. Ni se lo imaginan.

(eso lo dice mi mamá). En la casa todos sabemos cuando está escribiendo una crítica después, porque no para de carraspear, como si se estuviera comiendo un plato de Cerelac. Si hasta dan ganas de llevarle un vaso de agua al pobre.

Por todo esto, con el Aarón nos limpiamos un poco el chaleco, nos pasamos el dedo por los dientes, nos estiramos los calcetines y nos pusimos muy serios. Teníamos claro que esto era importante.

Y también que si nos portábamos ejemplarmente bien, a lo mejor nos caía otra invitación después.

El súper restaurante

Después de un viaje corto, llegamos a un lugar muy raro ("raro", por si no se habían dado cuenta, es mi palabra favorita), lleno de velas y de cortinas por todos lados. A algunos muros les faltaban pedazos y la puerta era de metal lleno de óxido. "Muy a la moda", le dijo mi papá a la grabadora. Yo en cambio encontré que parecía la casa de Sadam Hussein después de un bombardeo.

El nombre del restaurante (o de la ruina esa) era Chez Jordi.

Debo confesar que lo primero que me llamó la atención (y no era para menos) es

que éramos como unos bichos raros. No mi papá, sino el Aarón y yo.

De partida, no nos pasaron la carta, no nos preguntaron nada (por ejemplo, si nos sentíamos como pigmeos en las sillas, con las patas colgando,) y todas las consultas se las hacían a mi papá, como si nosotros estuviéramos pintados allí. Pero los mozos no eran los únicos que no nos pescaban. Mi papá, que estaba en plan trabajo, ni nos miraba. Estaba viendo las otras mesas, contando la cantidad de sillas y escogiendo los platos que iba a pedir.

Como les he escuchado a mis papás, hay recetas más difíciles que otras. Y la idea es pedir las más complicadas. Ojalá que tengan que estar como dos días cocinando. El sabor parece que no es tan, tan importante. Lo importante es que les cueste (como una prueba de Física o Química, creo yo).

En cambio, allí estábamos el Aarón y yo, con ganas de pedir un par de bebidas y unas papas fritas (nada complicado), pero nadie (NADIE, nuevamente en mayúsculas) nos daba ni la más mínima pelota. Supongo que tampoco sabían quién era mi papá, porque o si no habríamos tenido a un batallón de mozos tapándonos a preguntas y atendiéndonos

como si fuéramos el mismísimo Papa y sus santos acompañantes.

Después de una larga meditación, mi papá pidió (al fin): una cosa muy extraña de pronunciar para él y, para nosotros, carne con arroz. La verdad, nunca habría creído que pedir una carne con arroz fuera tan complicado, porque tuvo que pedir un plato con un nombre tan largo como el de un nombre científico (sonaba como *carcharodon carcharias*, que es el tiburón blanco para que sepan), y después tuvo que explicarle al mozo que le sacara la salsa, los adornos y los condimentos, para que quedara convertido, más o menos, en un vulgar bistec con arroz.

Y allí estábamos, más muertos de susto que en el Parque Jurásico (es que, después de un rato, todas las mesas estaban llenas de viejos tipo tiranosaurio), cuando tuve la brillante e involuntaria idea de hacer pipí.

Y obviamente cuando quise ir al baño, me perdí.

La siniestra verdad, oh

¿Por qué los baños de restaurantes están tan escondidos? Tengo una buena idea y se las regalo: Señores dueños de restaurantes, en las servilletas podrían poner un mapa para llegar. Porque el asunto es que yo, sin mapa, llegué a otra puerta y, cuando la abrí, me encontré cara a cara y de golpe con la cocina.

Si el restaurante ya era extraño, la cocina superaba a cualquier película de terror horrorosa y espeluznante. Todo lleno de humo, montones de gritos inhumanos, tipos con unos cuchillos asesinos y pedazos de

carne sangrante en las mesas. Hasta había una cabeza de chancho feliz (y eso que estaba bien muerto). Y, en medio de todo, uno de los sujetos chillaba más que el resto. Supongo que era Jordi, porque como me explicó mi papá, "Chez Jordi" significaba "Donde Jordi".

Tiene que haber sido Jordi, porque todos le obedecían. Sus gritos eran como los de una niña a la que le tiran las trenzas. Agudos. Además pegaba cachetadas, codazos, rodillazos y utilizaba insultos que no estaban en mi diccionario Larousse. ¿Él era el dueño? Ni cuando mi equipo de ajedrez estaba perdiendo el campeonato, escuché gritos como esos. En cambio, Jordi no pasaba desapercibido. Y eso no era todo.

–¡Muévanse pequeñas basuras sin estilo! –decía muy agudo a los pobres cocineros, que corrían de un lado a otro.

Cuando vi que agarraba de un plato un pedazo de algo, para luego pasarlo por la basura y, después, con mucha elegancia volver a ponerlo en el mismo plato, no entendí nada.

–A ver si le gusta ahora –chilló–, llévenlo de vuelta a esa mesa que no sabe apreciar mi cocina perfecta.



¡Qué asco! Después tomó otro plato y le dio un beso encima. ¡Más asco!

Y después dijo: –Ahora está perfecto.

Alcancé a ver cuando agarraba un plato que iba a la mesa seis (¡precisamente nuestra mesa!) y que también le daba otro de sus besos viscosos.

No sé si ya me estaba haciendo pipí o si eran las náuseas. Le pregunté a uno de los menos gritones de la cocina dónde estaba el baño y me fui velozmente a la puerta correcta.

La cruda realidad

Cuando volví a la mesa, todo estaba muy tranquilo.

Comparado con la cocina, la mesa parecía una misa. Me senté y vi al Aarón con su plato de carne con arroz y vi que también estaba el mío, igualito al de él.

¿Conocen el típico plato de carne con arroz, un verdadero clásico, como las salchichas con puré? En mi casa es muy sencillo. En una mitad del plato está el arroz, que a veces es un molde perfecto hecho con una taza de té. En la otra mitad está el bistec, plano y rico, cafecito y con forma

de un país que no existe (aunque una vez me comí uno igual a Cuba).

Bueno. Este (para que sepan) era el bistec con arroz más raro de la historia de la cocina mundial.

Primero, el molde de arroz era cuadrado. Más bien rectangular. Y luego el bistec era redondo y lo habían puesto arriba del arroz. Alrededor de todo el plato estaba lleno de manchitas y polvitos de todos colores. ¿Raro? Por supuesto. Con el Aarón nos miramos y, como teníamos hambre, desarmamos todo y le metimos cuchillo y tenedor haciéndole el quite a las manchitas, que a veces eran muy picantes.

Mi papá, mientras tanto, estaba desarmando una verdadera escultura (la misma que besó Jordi, qué asco), donde se mezclaban verduras, frutas, pollo, vaca y quién sabe qué más. El plato era tan enredado como su nombre.

Estaba tan feliz el pobre de mi papá que no tuve el coraje de decirle lo de la baba. Masticaba con una cara de alegría enorme y, entre un bocado y otro, le hablaba a la grabadora como si fuera su mejor amiga.

Con el Aarón nos terminamos el plato, y pedimos un postre. La verdad es que le pedimos a mi papá que nos pidiera un

postre. Llegó algo muy raro pero muy rico, pero todo el rato me imaginaba a Jordi y sus labios en forma de trompa justo encima del pastel ese.

Un verdadero, aunque dulce, asco.

Volver a la realidad, hum

Cuando llegamos a la casa, mi papá nos dijo que nos laváramos los dientes y que nos pusiéramos el pijama. Y eso hicimos (el Aarón prácticamente vive en mi casa, debo decirlo); mientras tanto, él se metió en su escritorio para carraspear frente a su computador.

Cuando estábamos con el Aarón en la pieza, le hice la gran pregunta:

–¿Te gustó?

Aarón, que habla poco aunque sea mi mejor amigo (o a lo mejor por eso es mi mejor amigo), sólo hizo un ruido.

Hizo: "Hum".

–¿Quieres hablar del restaurante? –le pregunté, para ver si decía algo más.

Y claro que dijo algo. Dijo "Hum" de nuevo.

–¿Lo dejamos para mañana entonces? –fue lo único que se me ocurrió, porque lo vi en una película.

Y cuando Aarón me dijo "Hum" de nuevo, no me quedó más que darme la vuelta en la cama, apagar la luz y dejarlo para el otro día.

–Hum –dije, y me dormí.

Una mañana feliz, todavía

Nos despertamos después que mi papá, que andaba muy feliz y con ganas de hacernos desayuno.

Mi mamá, y que quede para el registro histórico, nos da pan con mantequilla y leche con chocolate. No es malo. No puedo quejarme. Pero mi papá es mayúsculo, como las letras mayúsculas. Podría hacerlo chico, pero lo hace en grande.

Con Aarón nos sentamos a una mesa con huevos revueltos, tocino frito (igual que en las películas gringas), jugo de naranja, Corn Flakes, un café muy oloroso (para mi papá)

y *milk shake* (para nosotros).

¿Comimos? Sí, hasta que el ombligo casi se nos salió de la guata.

Después mi papá, que andaba derrochando felicidad (después de escribir siempre se le acaba la carraspera y muestra toda la dentadura), nos dio permiso para irnos a la pieza de nuevo.

Eso entraba en la categoría de lo casi raro, por lo menos para nosotros.

Mi mamá siempre nos manda al patio y hasta a la plaza, bien lejos. Para que ella pueda limpiar la casa, hacer las camas, y para que nosotros tomemos aire. Pero a mi papá el tema del aire parece que no le importa.

Nos fuimos con el Aarón a la pieza, hicimos las camas (nada profesional: sacamos las migas y tiramos las frazadas sobre el colchón no más), prendimos el computador y nos pusimos a buscar cosas por internet.

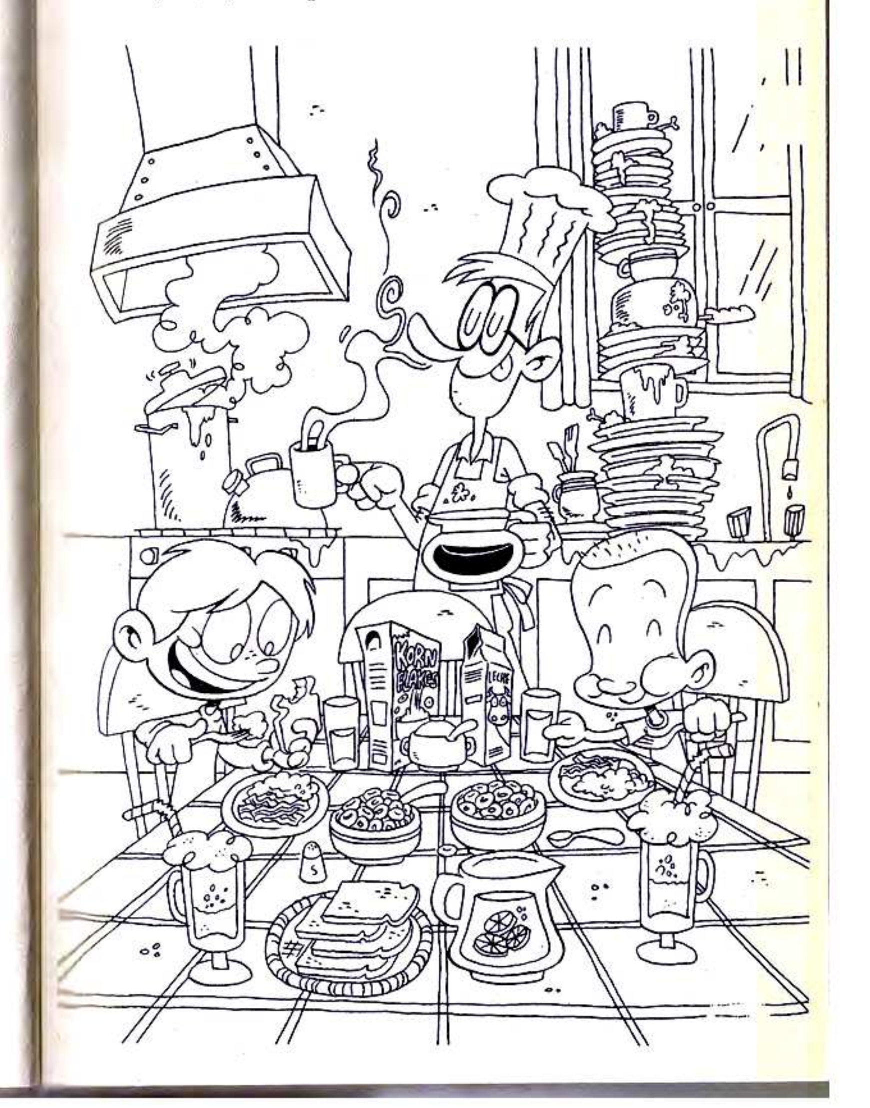
Vimos unos juegos, unas cuantas señoritas sin ropa y, de repente, el Aarón largó una frase completa:

–¿Por qué no buscamos las cosas que ha escrito tu papá?

La verdad de las verdades es que mi amigo Aarón, que habla superpoco, dijo algo que a mí jamás se me hubiera ocurrido. Y eso que llevo años (siendo exactos, desde que nací) viviendo con mi papá.

Nunca, en todo ese tiempo, había leído ni una línea de lo que escribía.

Le dije "Hum" (le hablé en su idioma, ¿ya?), y nos pusimos a buscar.



Cabello superstar

Pusimos el nombre de Julio Cabello y salió un montón de documentos. Documentos, para el ignorante que no lo sepa, son las cosas que mi papito ha escrito.

Montones, digo. Montones de montones. Jamás pensé que mi papá hubiera escrito tanto. ¿En qué momento hacía cosas humanas como ver tele, obligarnos a hacer las tareas o ir al baño?

Entonces, en medio de tanta sorpresa, hicimos un clic en lo último que había escrito, la semana pasada.

¿Quieren que les diga la verdad, aunque sea una verdad ingrata que tiene que ver con mi adorado padre? La verdad es que no entendí casi nada.

Primero, porque un montón de palabras no estaban en el disco duro de mi cabeza (suena bien eso, se lo escuché a uno de otro curso del colegio). ¿Alguien normal sabe lo que es un *coulis*?

¿O una "reducción"?

¿O una "suprema" de algo?

Un "mezclún", ¿qué es eso?

¿Un *parfait* perfecto? ¿Qué quiso decir?

Nos mirábamos con el Aarón porque esto era más complicado que instrucciones de videojuego (y más aún cuando están en inglés). Porque mi papá escribía en castellano, supongo, el mismo idioma que usamos todos los días. A menos que le hubiera dado por escribir en élfico o alguna lengua de *El señor de los anillos*.

Bueno, allí estábamos con Aarón, intentando entender a mi papá hablando de comida, cuando se nos ocurrió una idea.

¿Una idea mala? ¿Una idea buena? Yo creo que las ideas no son buenas ni malas cuando uno las piensa. A veces son buenas o malas después.

Mucho después.



El ocio ocioso

De puro ociosos se nos ocurrió escribir algo sobre el restaurante de la noche pasada.

¿Por qué?

De repente para pasárselo a mi papá y decirle: "Mira, papito, lo pasamos muy bien, y para que veas que somos agradecidos, esta es una traducción de lo que escribiste, pero al castellano".

Ya habíamos leído lo que escribió sobre otro restaurante (L' escargot, que significa caracol en francés) y empezamos a escribir del Chez Jordi, más o menos describiendo lo mismo (los platos, los mozos y todo eso)

con lo que nos salía del fondo mismo del corazón (o del estómago, que debe estar conectado con alguna tripa del corazón supongo, porque como dicen: "Guata llena, corazón contento").

Nos sentamos con el Aarón y fuimos palabra a palabra, frase a frase, sujetos y predicados, hasta tener algo parecido a una composición para el colegio. ¿Se acuerdan de las composiciones en marzo, de vuelta de vacaciones, cuando los profes llegan tan flojos que nos hacen escribir para no tener que hacer la primera clase? Así mismo.

Cuando le pusimos el punto final, que es igual que cuando suena la campana para el recreo, lo leímos de una sola vez.

Al Aarón le gustó, porque se rio un montón. Entonces, como andábamos con vuelo, nos pusimos a buscar otra cosa por internet.

¿Qué cosa? Algún otro diario con crítico de cocina que no fuera La Razón, para ver si mi papá era el único que escribía así de raro. Como para comparar.

Leímos una o dos críticas igual de indescifrables cuando, buscando otras más, encontramos La Quinta, un diario nuevo. Recién me estaba dando cuenta de que no tenía crítico de cocina cuando el Aarón ya estaba mandando el texto a la sección "Cartas al director".

Ni le pregunté por qué. Porque me habría dicho "Hum", y yo hubiera quedado igual. Entonces, para no firmar como Julio Cabello (pensarían que era una tomadura de pelo de la competencia), inventamos una firma.

No fue Pablo Neruda, porque ese nombre ya estaba ocupado.

Entonces buscamos en internet cómo se decía en inglés mi verdura favorita. Y después le pegué el nombre de mi hermano chico.

Así nació a la vida Beltrán Artichoke (que significa alcachofa, para el que no lo sabía).

Como una película

El capítulo que viene ahora es como en las películas. ¿Por qué? Porque yo no estuve allí, pero me imagino que ocurrió igualito. Porque también algo averigüé después, porque me lo imaginé y porque se me dio la gana escribirlo así. Y punto.

Así debe de haber sido el diario La Quinta el día en que se nos ocurrió mandar nuestra crítica, que era en verdad sólo una carta para el señor director.

El director de ese diario se llama Iván Gord, y su mayor preocupación es llenar Estadios Nacionales. Raro, ¿no?

Gord siempre está pensando en cuántos Estadios Nacionales llenos de gente leen su diario. Por ejemplo, cuando pone una noticia grande de fútbol, cree que hay como tres estadios llenos leyendo su diario. También cree que si pone la foto de una señorita en bikini, otros tres estadios llenos van a gritar de felicidad. Y también van a comprar más diarios, que es la preocupación número uno del señor Gord.

Con respecto a esto, no tiene muchos problemas, porque como pone harto deporte y muchas señoritas, mucha gente lee su diario. Su problema es otro, y es que le gusta comer. Por eso es gordo y piensa que alguien debería escribir de comida en su estupendo diario. Pero como tampoco entiende lo del *coulis* y la reducción, le cargan los críticos que hay en otros diarios. Porque lo del *coulis* no lo entiende ni una banca semi vacía del famoso estadio de los lectores. Ni el que vende sándwiches en el estadio tampoco.

Iván Gord estaba pensando en eso, precisamente (y en una hamburguesa con queso), cuando llegó a su oficina el flaco Espinoza, su ayudante.

–Jefe, jefecito, mire esto –dijo Espinoza, mientras entraba y se comía al mismo tiempo un *hot dog* de medio metro (porque lo



único que comía el flaco Espinoza eran *hot dogs*).

Y lo que traía Espinoza en sus manos era, nada más ni nada menos, que la carta escrita por el señor Artichoke.

Y ese era yo.

Alcachofa al poder

–Mire, jefe, lo que le traigo –dijo Espinoza, casi limpiándose la boca con la carta.

Iván Gord pescó el papel antes de que Espinoza lo usara como servilleta y lo leyó de una sola vez. Primero con una ligera felicidad y después con una franca emoción, por la genialidad de lo que estaba leyendo (es mi cuento, ¿OK?). Al final miró a Espinoza y le dio un abrazo.

–Esto es –gritó–, esto es justo lo que necesito. No llenará muchos estadios, pero me imagino un solo Estadio Nacional lleno de gordos como yo, felices leyendo esto: una crítica de restaurante que por fin se entiende.

Entonces el señor Gord llamó a uno de sus empleados con un grito muy sonoro (tipo elefante), le estiró la página y dijo:

–Detengan las máquinas. Quiero que incluyan esto en la edición del día domingo. Y muy destacado.

¿Qué significa esto?

Que lo pusiera de inmediato en una página de su diario para que saliera el mismísimo día después.

Gord suspiró de felicidad después de dar esta orden. Y se sintió tan contento que invitó a Espinoza a comerse una hamburguesa con queso. Espinoza igual fue (porque el gordo era su jefe), aunque hubiera preferido mil veces un *hot dog*. Obvio.

¿Qué quieren que les diga? ¿Lo que pasó después? Para el que leyó La Quinta de ese domingo, lo vio tal cual salió: arriba decía "Comer sin piedad" (eso no fue idea mía, ese título lo puso Gord). Y después venía lo que escribimos con el Aarón.

Y al final, en letras más negras que el resto, venía el nombre de Beltrán Artichoke.

Creo que ese día el señor Gord durmió lleno y contento. Y mi papá comenzó a desvelarse como nunca, aunque todavía no lo sabía.

Ese domingo

Ese domingo estábamos con el Aarón pensando en qué íbamos a hacer.

Algo útil, como pasar a una nueva etapa de nuestro juego.

Estuvimos a punto de no sacarnos el pijama en todo el día y mi papá andaba haciendo todo eso que, según él, podía hacer ahora que la mamá no estaba. ¿Qué significa esto? Comenzar a ordenar sus libros y dejarlos en montones nuevos, arreglar la lavadora y dejarla peor (se comió mis calcetines de Bart Simpson) y, también,

intentar terminar un libro que lleva como tres años escribiendo.

Nosotros estábamos felices sin hacer nada. Comimos *pizza* y estábamos viendo en el cable una película de guerra que se llama "El día más largo".

Y vaya que fue largo ese domingo.

Debo explicar que mi papá, como muchos periodistas (eso me lo dijo mi mamá), compra todos los diarios del domingo. Deben de ser como 15 kilos de papel.

Lo primero que hace es leer su crítica y, aunque sabe perfectamente qué dice, la lee como dos veces. Y va diciendo "Ja", "Ajá", "Bien", "Muy atinado", y se va echando flores de una manera un poco vergonzosa. Aunque lo peor es que, cuando termina, siempre dice la misma palabra: "Perfecto".

Nadie puede.

Después lee el resto, pero la crítica que más le importa es la de su "competencia", Berta Berloni en Las Primeras Noticias. La lee, se queda callado y cierra el diario. Nunca dice nada.

Pero esa mañana algo cambió su rutina. Estábamos con el Aarón rumiando un pedazo de tocino de la *pizza,* cuando lo vimos abrir La Quinta. Ese diario lo compraba por



nuevo, no por la crítica que, hasta entonces, no existía.

No nos dimos cuenta hasta que lo único que se escuchó en el comedor fue el *crac* del tocino y una mosca que estaba chocando con la ventana.

Crac, el tocino. *Toc*, la mosca.

Mi papá estaba pálido y tenía los ojos muy abiertos. Ni se movía y tampoco cerraba el diario. Leía una y otra vez lo que estaba en la página 32. Como tres minutos después (lo vimos en el reloj de la cocina), nos miró. Tenía la mirada extraviada (perdida es un buen sinónimo). Entonces abrió la boca y se quedó así dos minutos más.

Se paró y comenzó a lavar los platos.

¡A lavar los platos!

Entonces empezamos a preocuparnos con el Aarón, que tomó el diario y se empezó a reír. Pero supo parar justo a tiempo.

Porque corría (corríamos) un riesgo de muerte.

Allí estaba nuestra crítica, o más bien la crítica de Beltrán Artichoke, que es (como les contaba al principio) el segundo personaje de esta misma historia.

Papá en crisis

¿Han visto a sus padres muy preocupados? A los niños no nos preparan psicológicamente para esto. Mi papá estuvo mudo casi todo el domingo hasta que sonó el teléfono.

–¿Sí? –dijo mi papá, sacando la voz.

Podría haber sido cualquiera. Hasta el de las *pizzas* con alguna promoción con palos de ajo y extra queso. Pero no era el de las *pizzas*, aunque mi papá se puso tieso como masa a la piedra.

–Lo sé –dijo–. También lo leí –dijo después–. Y no estoy de acuerdo –dijo un ratito después.

Sonaba igual a las respuestas de un interrogatorio del inspector del colegio sobre quién rompió el vidrio con la pelota. Pero no había vidrio ni pelota, aunque parece que sí había un inspector al otro lado del teléfono. Era el jefe de mi papá.

Cuando mi papá colgó, yo tenía más o menos clara la idea. Pero él me la dejó más clarita de inmediato.

–¿Quién será ese Artichoke? –se preguntó a sí mismo en una voz tan alta que, aunque era una pregunta para sí mismo, igual la escuché yo.

Juro de guata que no fue mi intención darle un problema a mi papá, lo juro, lo juro. Pero las cosas tomaron un curso muy raro. Cuando llegamos a la pieza con el Aarón, y antes de hablar cualquier cosa, teníamos un *mail* del diario La Quinta (ya teníamos una casilla artichoke@superduperextramail.com). Nos estaban ofreciendo escribir de nuevo y, al mismo tiempo, nos preguntaban cómo pagarnos lo que ya habían publicado.

La cantidad, y esto es una verdad muy verdadera, era como mi mesada de un año. Casi de dos años.

¿Qué puede hacer un niño como yo en una situación como esta?

Pedir que nos mandaran el sobre con la plata a otra parte, para no andar despertando sospechas.

Y mandamos un *mail* con la dirección del Aarón.

No hay primera sin segunda

¿Qué decía la crítica?, se preguntarán. ¿Qué palabras habían causado tantos problemas a mi santo padre?

La verdad: nada del otro mundo. El texto era más o menos así:

"Ir a un restaurante es caro. Nadie va todos los días a un restaurante porque, y vuelvo a decirlo, es caro. Caro como la entrada para un partido del Chino Ríos. Por eso el Chez Jordi no es para ir todos los días. Y, siendo muy honesto (lo que no quiere decir que haya estado mintiendo todo este rato), es como para no ir ningún

día. Primero que nada, el baño está sucio y no tiene papel *confort* (por lo menos después que fui yo, se acabó). Todo mal, porque allí es donde termina la comida y eso es una ley de la naturaleza, como diría el Discovery Channel. Segundo, los mozos te atienden como si te estuvieran haciendo un gran favor. Y tercero, y este es un gran problema, digo yo, no se entiende nada de la comida que venden allí. Ni mi profesora de castellano podría traducir lo que venden allí a un lenguaje terrícola. Por ejemplo, yo no entiendo lo que es una suprema rellena de frutos del bosque, acompañada de hojas verdes saltadas al *wok* al estilo *thai*. ¿Es eso un trabalenguas? A lo mejor es una adivinanza, pero cuando la respuesta llegó en el plato, ni aun así la entendí".

Esta es la primera parte. Ustedes se preguntarán, ¿cómo se acuerda Julito de todos esos nombres? ¿Será un mentiroso crónico? No, pues. Bastó con buscar el Chez Jordi en internet, y listo. Allí estaba el plato de mi papá y todo el resto de la incomprensible carta del restaurante. Pero no nos distraigamos. Así terminó el debut de Artichoke:

"¿A quién le gusta gastar plata comprando trabalenguas? No sé a quién, porque, además de raros, los platos vienen con gusto a saliva, como si los hubieran besado encima. Si me preguntaran, ¿quieres ir al Chez Jordi de nuevo?, yo respondería de una manera supersimple: Gratis sí, pero si me traducen las recetas primero. Y si le ponen un bozal al cocinero, para que no ande repartiendo saliva por los platos".

Sencillo y directo. Al grano, ¿no les parece?

Vacaciones demoníacas

Ya era lunes y mi mamá mandaba todo tipo de *mails* desde Estados Unidos. Desde "¿Se acordaron de apagar la estufa?", pasando por "¿Cómo están las vacaciones de invierno de Julito?", hasta "No se olviden de conversarle a mis orquídeas". Con mi papá leíamos estos mensajes, pero él estaba en otro mundo.

Si mi mamá hubiera estado en la casa, habría dicho que el aire estaba "enrarecido". Y eso quiere decir muy, pero muy raro.

Mi papá se daba vueltas por toda la casa. Creo que conoció unos rincones que jamás había sabido que existían.

Debo comentarles que mi papá es una persona muy tranquila, pero todas esas conversaciones por teléfono con su jefe lo tenían un poco inquieto. Cada vez que sonaba el teléfono, él sólo respondía: "Sí, jefe" o "No, jefe".

Y después de cortar el teléfono le salía un carraspeo, bien corto y desganado.

Cof.

Preocupado como estaba, mi papá se puso a leer todo tipo de libros para encontrar frases ingeniosas. Salió de la casa y volvió con una enciclopedia de sinónimos y antónimos tamaño gigante. Comenzó a hablar solo, diciendo frases como "Lo que no nos mata nos fortalece" (¿querrá decir eso que si sobrevivimos a un restaurante malo quedamos como vacúnados?).

Mi papá se movía como esas truchas del supermercado, que uno escoge de la pecera para convertirlas en almuerzo. No es que lo fueran a elegir, pero tenía la misma mirada de pescado, entre fría y amigable.

Según el Aarón, no había ningún problema. Para él, mi papá fue siempre un marciano disfrazado de humano. Y ahora se estaba comportando como lo que siempre sospechó que era: un marciano a secas. En cambio, yo estaba preocupado, y mucho.

No es normal que la persona que maneja la casa (y que paga todas las cuentas) ande dando vueltas sin muchas ganas de hacer lo que debe hacer: Ser el papá, vaya.



Un relajo para peor

Entonces se me ocurrió una brillante idea.

Una idea para relajar al papá. Parecía buena, pero para variar me equivoqué medio a medio.

Le dije que fuéramos a un Superburger, para que no tuviera que cocinar y para que no anduviera poniéndole notas a todo lo que mascaba. Le pareció bien (creo, porque movió la cabeza de arriba a abajo), nos subió al auto y partimos con el Aarón.

Para el que no ha ido a un Superburger es como el casino de un colegio, pero hecho

con más plata. Además, te regalan todo tipo de juguetes plásticos hechos para pigmeos con un objetivo clarísimo: que los hermanos chicos quieran tragárselos. Lo otro es que hay música que siempre es música rápida, como para que uno coma muy rápido y desocupe la mesa bien rápido también, para que pase el siguiente.

Estacionamos, entramos y empezamos a pedir casi de inmediato (antes que a mi papá le bajara un arrepentimiento con la invitación).

Mi papá estaba muy tranquilo y yo pensé que mi plan era un plan perfecto. Pero de repente se empezó a poner nervioso y, de un minuto a otro, le bajó la garrotera.

Yo no entendía nada de nada.

Primero se quedó tieso y luego comenzó a bajar la cabeza como en cámara lenta.

Como que se encogió, y además nos empezó a hablar en voz baja, como si fuera espía, al Aarón y a mí.

–¿Qué quieren, niños? –nos susurró.

–Un par de combos –le dijimos, susurrando también.

Los pagó y faltó poco para que nos fuéramos punta y codo hasta una mesa.

Mi papá como que se había achicado y miraba todo el rato en una misma



dirección, pero disimuladamente. Entonces sospeché qué estaba ocurriendo.

Mi papá tenía vergüenza de alguien. Y la única persona adulta que estaba en la dirección en que miraba era una señora vieja y guatona.

¿Por qué creí que era ella? Porque andaba igual de agachada y tiesa que mi papá.

La gran Berta

Una vez en un canal de cable (pensarán que veo mucha tele y tienen mucha razón: veo mucha tele) dieron un programa de la Gran Berta.

En el inicio fue la Primera Guerra Mundial (tengan paciencia, ya viene Berta). En esa guerra todos estaban en trincheras, y, cuando el jefe tocaba un pito, todos salían de las trincheras gritando, les disparaban y se morían en la trinchera de más adelante. Así fue durante muchos meses hasta que apareció un tanque gigantesco, que no tenía nada que ver con los de hoy en día.

Era un tanque que metía mucho ruido y aplastaba harto, aunque no destruía tanto como parecía.

¿Piensan que ese tanque se llamaba Gran Berta? Respuesta equivocada.

Déjenme seguir. Después vino la Segunda Guerra Mundial, que fue una guerra con muchos avances científicos: (malos) como la bomba atómica, (y buenos) como el café instantáneo y las medias de nailon (que en las películas los soldados se las regalan a las francesas). Y uno de esos avances fue un tremendo cañón que llamaron Gran Berta. Era feroz: a lo que le daba, quedaba hecho polvo.

¿Será por eso que le decían Gran Berta a esa señora? A lo mejor si le achuntaba a un restaurante que encontraba malo, lo dejaba hecho una ruina. Pero esa imagen no coincidía mucho con la señora que andaba escondiéndose, como si estar en el Superburger fuera un pecado. Y creo que mi papá pensaba lo mismo, porque siempre ha dicho que un magnífico combo es comida chatarra, y que lo pillara Berta Berloni comiendo chatarra no le hacía ninguna gracia.

Y creo que a ella le pasaba lo mismo.

¿Qué quieren que les diga? Que mi papá no se relajó nada, y que apenas terminamos



la mitad del combo nos invitó al cine. Otro milagro (el primero fue llevarnos al Chez Jordi por si lo habían olvidado).

La señora Berta seguía agachada mientras nos íbamos. Sus nietos (creo que eso deben haber sido) estaban felices chupeteando los juguetes antes de terminar en la posta atragantados con ellos. Y ella seguía agachándose más y más, y se iba curvando como si fuera a desaparecer debajo de la mesa.

Agarramos las chaquetas con el Aarón y nos subimos al auto lo más rápido que pudimos. Cuando cerramos las puertas, se escuchó el suspiro de mi papá, que sonó como un globo que se desinfla.

El pobre estaba cansado de tanta tensión. Y la visita al Burger no mejoró las cosas. La verdad es que después debe de haber visto la mitad de la película, porque el cuello le quedó tieso-tieso.

Soy un niño malo

Me sentía podrido. Por un lado estaban los cochinos pesos (que no eran pocos, recuérdenlo), y por el otro, la salud mental de mi padre, que estaba todo deprimido porque su nuevo peor enemigo sabía todos sus movimientos.

Y era obvio, porque su peor enemigo era sangre de su propia sangre.

Era yo mismo.

Si hubiera intentado hablar de esto con el Aarón, si hubiera intentado contarle lo que comenzaba a pasar en mi enrarecido

(suena bien, eh) interior, hubiera sido tiempo perdido.

Él es mi mejor amigo, no es mi psicólogo.

No es por criticarlo, que quede constancia, pero somos distintos y hay cosas en las que no tenemos nada que ver.

¿Es esto un pecado? Creo que sí, pero uno chico.

Estaba pensando en todas estas cosas (que a veces son complicadas para la pequeña y estresada mente de un niño), cuando tocaron el timbre.

Era Olga, la mamá del Aarón, que venía a buscar a su pequeño amor (así le decía). ¿Ustedes creían que iba a tener al Aarón de alojado toda la vida? No. La verdad es que se iba a quedar unos días más, pero Olga, que trabaja cuidando bosques (es ingeniero forestal y por eso es bien amiga de mi mamá), volvió del sur antes de tiempo. Sus árboles ya estaban bien y echaba de menos a su pequeño amor (Uf).

No alcanzamos ni a decirnos chao con el Aarón (apenas alcancé a sugerirle que ni tocara la plata), cuando ya estaba arriba del auto diciéndome adiós con la mano.

Me quedé solo.

Bueno, ya, estaba mi papá en la casa. Pero no estaba muy comunicativo. Andaba supercallado, lo que no es malo, pero, cuando le escuché decir "Hum" por tercera vez, pensé que me podía volver loco.

Prefería cuando carraspeaba.

Y harto.



La segunda semana de vacaciones

Así fue mi segunda semana de vacaciones. Con mi papá muy concentrado en seguir estudiando libros como "Escriba sencillo en 30 sencillas lecciones", y yo sacando la basura y regando las plantas.

Alguien tenía que hacerlo.

Fueron días muy, pero muy tranquilos. Como mi papá andaba en otra parte, me dediqué a otros asuntos, como hablar de mis problemas con las orquídeas.

No es que me estuviera volviendo loco, hum. Es que mi mamá siempre dice que conversarles a las plantas hace que crezcan

mejor; que ellas reciben las buenas vibraciones y se sienten tan felices y tan consideradas que crecen mucho más lindas.

Cosas de mi mamá.

La cosa es que después de un par de días entré nuevamente al invernadero (para el ignorante que no lo sepa, las orquídeas hay que cuidarlas dentro de uno), y ahí sí que me preocupé. La flor a la que le había contado todos mis problemas, porque la encontré muy simpática y colorida, estaba totalmente arrugada y al borde del colapso.

¿La habré estresado yo?

De inmediato empecé a contarle un montón de mis mejores chistes, para animarla un poco. Tal como decía el papel que dejó mi mamá; si encontraba la flor así, yo era un niño muerto.

No es que mi mamá me fuera a liquidar, para luego enterrarme y usarme como abono. Más bien, "muerto" significaba los tres grandes adioses: adiós a la tele, adiós a los videojuegos y adiós al Aarón.

¿Qué quieren que les diga? Ahí sí que parecía loco. Contándole cosas chistosas a una flor y, por si acaso, cantándole al oído a las demás (como si las flores tuvieran oídos) para que no hubiera otra baja en el invernadero.

El bueno y el malo

Durante esa semana nos vimos con mi papá al desayuno, al almuerzo y antes de acostarnos. También nos cruzamos en el baño, lavándonos los dientes.

Yo ya estaba afónico de tanto contar chistes y mi papá no salía de su silencio estudioso. Hasta que llegó el viernes.

Ese día yo estaba más tranquilo. Julia Roberts (así le puse a la orquídea, para animarla un poco) ya estaba renaciendo. Y todas sus compañeras creo que ya me reconocían cuando entraba a verlas.

Mi papá también estaba más calmado,

como si hubiera juntado fuerzas de tanto leer y prepararse.

Entonces me habló:

–Julito, vamos a otro restaurante.

Vaya. Otro restaurante. Yo ya me había olvidado del "Asunto Artichoke". Entre tantas orquídeas, ya ni me acordaba que

mi otra personalidad era una alcachofa.

De lo único que sí me había acordado era del sobre con billetes que tenía el Aarón.

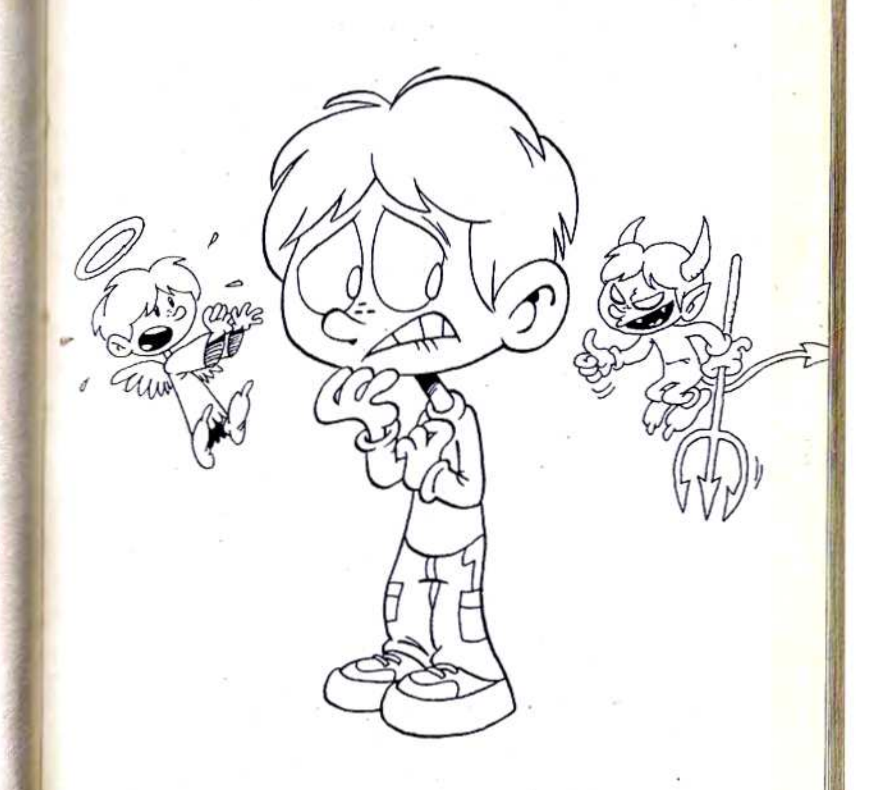
–Los estoy contando –me decía por teléfono, riéndose bien cínico, porque sabía que yo también quería contarlos y gastarlos lo antes posible.

Pero bueno. Me alegré mucho con la invitación a comer de mi papá (además ya me estaba olvidando de cómo era su voz), me arreglé un poco, me peiné y puse mi mejor cara de niño bueno.

Mi papá, con su chaqueta y su grabadora, me estaba esperando. Estaba tranquilo-nervioso. Parecía como niño que va a su primer día de clases.

Yo, entre medio, había pensado dejar morir a mi otro yo.

Pero mientras decidía, y al igual que en los monitos animados, en un hombro tenía



a un Julito con cachos y cola, y, en el otro, a uno con alas y aureola.

Qué difícil decisión, vaya.

Llamas a mí

El restaurante al que me llevó mi papá se llamaba Monsieur Flambeau. Lo primero que le pregunté a mi papá es si eso significaba algo traducido del francés y me dijo que sí. Pero que no era un apellido como Cabello, sino un nombre inventado, porque tenía relación con una técnica para cocinar que usaban en el restaurante, el flambeado.

Qué quieren que les diga. Obviamente que no sabía yo qué era un flambeado, pero apenas entramos al restaurante me quedó muy claro.

En casi todas las mesas había platos en llamas. Sopas con llamas, un pollo cubierto de llamas, un flan llameante. Hasta una ensalada de lechuga bañada de fuego. Me imaginé de inmediato que este sería el restaurante favorito de la Antorcha Humana, el de los Cuatro Fantásticos (aunque las sillas eran de madera, se hubieran quemado y él se habría caído de poto al suelo).

Nos sentamos con mi papá que andaba muy concentrado mirando todo, pero no múy de cerca, porque o si no se hubiera quemado las cejas. Me pasó una carta (que era de metal, incombustible) y me dejó escoger.

–Creo que es hora de que aprendas a pedir tú solo –me dijo, con un aire de profesor que me hizo olvidar, un poquito, que todavía estaba de vacaciones.

De todas las cosas de la lista, lo único que me sonó a conocido fue "bifteck" y "riz". Y le achunté. Era mi viejo amigo el bistec con arriz (perdón, arroz) de siempre, pero como cocinado en el infierno, me imaginé yo.

Mi papá pronunció algo que yo podría repetir sólo si me pegaran en la cabeza,

Una invitación i-né-di-ta

Todo partió un viernes. Mi mamá se había ido hace dos días y los platos ya formaban una Torre de Pisa (peligrosamente inclinada) en el lavadero. Yo tenía todas mis tareas de las vacaciones hechas (en tiempo récord, nunca antes visto) y estaba con el Aarón jugando videojuegos, cuando mi papá entró a la pieza y dijo:

–¿Vamos a un restaurante?

Raro.

Raro porque yo lo sé: mi papá siempre (SIEMPRE, con mayúsculas) va con mi mamá a los restaurantes que critica.

¿Por qué? Por dos razones. Una es que mi papá necesita compañía para pedir más platos que los que comería yendo solo. Y dos, porque ella después le da unos cuantos consejos (por ejemplo, le dice qué flores había en los floreros) y también lo ayuda con algunas palabras.

Me gusta verlos trabajar juntos, aunque sea medio injusto, porque como mi papá no sabe nada de pulgones y abonos, es bien poco lo que le ayuda a mi mamá.

Pero bueno, así es la vida: injusta y rara. Y lo que ocurrió el viernes aquel fue muy raro. Inusual, como dicen en algunos programas del cable sobre ovnis. Inédito, como dicen en otro programa de monstruos como Pie Grande y el del lago Ness.

Mi papá nos agarró a los dos y nos llevó a un restaurante caro. ¿Por qué sé que era caro? Porque si fuera barato nos llevarían todas las semanas, creo, en vez de comprar pollo con papas fritas. Y lo otro es que, cuando el restaurante es fino, mi papá se viste elegante, toma su grabadora (una mini, minigrabadora, como de espía) y se prepara psicológicamente para opinar sobre algo caro. Creo que hasta le cambia la cara. Baja las cejas, se le achica la boca y no para de carraspear hasta que sale del restaurante

El *forwardeo* inesperado

Aunque me cueste, no me iré por las ramas.

Ese domingo tampoco fue feliz.

Ni me pregunten cómo, pero Beltrán Artichoke nuevamente le amargó el día a mi papá. Nuevamente lo llamó su jefe y cuando yo me rompía la cabeza para entender quién me había suplantado, agarré el diario y lo entendí todo.

Allí estaba, apenas cambiado, el *mail* que yo le había mandado al Aarón.

—Lo siento —me respondió mi casi ex amigo—, no pude evitarlo.

No voy a aburrirlos repitiendo lo que salió en La Quinta, pero los que encontraban olores raros en el vino no quedaban muy bien parados.

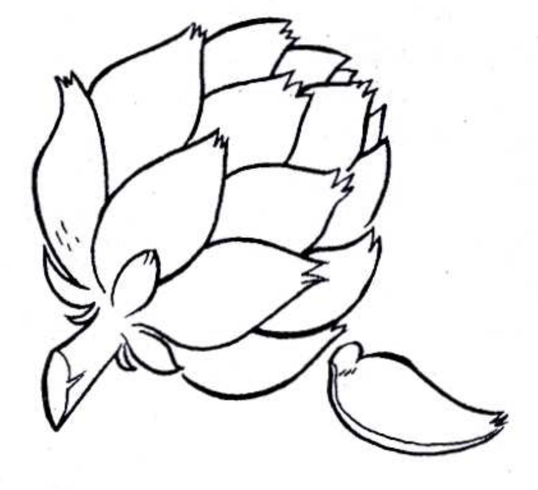
Debo confesar que no me sentía muy bien, pero cuando me llegó el *mail* de Iván Gord felicitándome, nuevamente aparecieron el angelito y el diablito sobre mis hombros.

Esta semana fue más bien rara, nuevamente. Ni me atreví a saludar a la Julia Roberts, porque el enredo que tenía en mi cabeza creo que la hubiera transformado, en menos de dos segundos, en un adorno seco.

Lo más extraño es que, a diferencia de la semana anterior, mi papá comenzó a estar cada vez más animado. Esta vez tenía ganas de ir a la pelea con Artichoke y pensé, para mis adentros, que tal vez el asunto no estaba tan, pero tan mal.

Y también creo que estaba picado, porque él sí que le encontraba olor a caballo al vino y todo eso.

Estaba yo meditando qué hacer, cuando la solución apareció sola, como una iluminación que cayó del cielo (pero sin trom-



petas ni esas nubes que usa Dios en las películas de la Biblia): Ofrecerle un último *round* a mi papá como Artichoke, pero dejándome caer para que pensara que él había ganado.

Suena fácil, pero no siempre la solución fácil es la más fácil.

Así fue como, en la última semana de mis vacaciones, mandé una crítica suicida, tipo *kamikaze*. Una que Gord iba a publicar por compromiso, para luego invitarme a que me fuera de su famoso estadio lleno de gordos lectores.

Un combo errado

¿Qué cosa podría hacer enojar al señor Gord y convencer a mi papá de que Artichoke era pan comido? Me imaginé algo que creí perfecto, pero me equivoqué. Igual que esos misiles inteligentes que nunca caen donde tienen que caer.

Me senté frente al computador y en media hora tenía lista mi crítica final. La última aparición de Artichoke. Al menos eso suponía yo.

Pobrecito, qué ingenuo.

La mandé y me despreocupé totalmente. Llamé al Aarón (ya había pasado el enojo

y también quería la plata que le habían mandado por las dos críticas) y lo invité al Mercado Persa, a comprarnos algunos juegos nuevos y algunas revistas de cómics viejas. Como andábamos millonarios, nos fuimos en taxi y ni tuvimos que pedirle a mi papá que nos llevara.

Dijimos chao y cuando volvimos (llenos de bolsas, igual que mi mamá), mi papá seguía carraspeando en su escritorio. Había ido a un restaurante con otro crítico que era su amigo, porque, según él, necesitaba apoyo moral (como en las películas de policías, cuando dicen "Cúbreme", antes de irse a disparar a los ladrones).

Yo estaba en un estado de paz interior enorme (mi mamá es la que dice "paz interior"). Saludamos, nos hicimos un sándwich y nos fuimos a la pieza a jugar hasta supertarde. Total, era sábado. Mi papá, que realmente confiaba en su nueva crítica, salió a celebrar con su gran amigo (el mismo del restaurante), amante de la comida.

Les escuché decir que iban a ir a todos esos lugares que mi mamá considera francamente asquerosos y extraños, partiendo por un restaurante oriental, pasando por una marisquería que ella encontraba fétida y terminando por una degustación en casa de un *chef* que se especializaba en comidas raras. Cuando mi papá salió, yo me quedé muy tranquilo. Había pasado una semana muy difícil y ese nuevo domingo venía con una sorpresa para él.

Artichoke iba a morir cocinado en su propia salsa.

Dos estadios llenos de gordos

Este fue otro tiro por la culata. Mi papá se levantó más confiado ese domingo. Y yo también. Pero cuando volvió con el montón de diarios (debe de haberle dolido la columna con tanto peso) y tomó el diario de la competencia (el mío, o más bien el de Artichoke), la cara le cambió rápidamente.

Y siendo muy honesto, a mí también.

En la portada de La Quinta, en medio de señoritas en bikini y el resultado del fútbol, venía un anuncio: "Lea el nuevo

comentario de nuestro crítico de restaurantes, el brillante Beltrán Artichoke".

Plop, como dice Condorito.

En la página número dos, una de las más importantes del diario, venía mi alabanza a la despreciable (según mi papá y la gorda Berta) comida chatarra. Allí decía que no

había nada mejor que las papas fritas, todas iguales y ordenadas, que los aros de cebolla eran perfectos como el círculo y que el *ketchup* era una maravilla que superaba a todas las salsas inventadas por los *chefs*. Y que a diferencia de los restaurantes finos, en los locales del Superburger uno se sentía como en casa, comiendo siempre lo mismo. Y que además, como había fotos grandes de todos los sándwiches, nadie se encontraba con sorpresas al pedir algo.

Mi papá, que estaba en franco desacuerdo con todo esto, no sólo se enojó. Lo que lo puso hecho una furia fue que sus críticas, con suerte, salían en la penúltima página de su diario, al lado del horóscopo y del *puzzle*. En cambio, a Artichoke ya lo habían pasado a la página más importante.

¿Qué quieren que les diga? Yo estaba de acuerdo con Artichoke. Me gusta la comida así, pero pensé que todos los adultos estaban en el bando contrario.

Lo que pasa es que no conté con que Iván Gord pensaba como un niño en materia de comida.

Ese día domingo (otro día muuuuy largo) mi papá apenas leyó su crítica. Y sobre la de Berta, la leyó bien rápido. Lo raro es que ella había escrito sobre su mismo restaurante (se llamaba El Vikingo) y también

le había puesto una superbuena nota, un siete.

No pasó mucho rato hasta que sonó el teléfono. Era nuevamente su jefe. Mi papá tenía una cara de perro apaleado y yo, que pensaba que el problema iba a terminar, tenía cara de perro chico apaleado también.

Lo más raro de todo fue que unas horas más tarde lo llamó su amigo crítico, el que lo había acompañado a El Vikingo y a la comilona. Era para contarle que sabía que a Berta también la habían retado en su diario y que, al no soportar que le gritaran, le había dado un ataque de gota.

¿Qué es la gota? Una enfermedad que tiene la gente que come mucho. En el diccionario dice "Enfermedad burguesa". Ustedes dirán: ¿Hamburguesa? No, no sean incultos. Hay gente pobre, gente rica y en el medio están los burgueses (esto lo dijo el profe de Historia, el Cogote de Goma,

cuando nos pasó la Revolución Francesa). Resumiendo: los pobres no tienen para comer y los ricos o no comen mucho, porque les gusta estar flacos, o comen puras cosas ricas y caras en platos chicos. En la mitad están los burgueses, que tratan de comer rico pero en grandes cantidades, para aprovechar, porque en cualquier momento caen a la tabla de descenso y se vuelven pobres. Y por comer tanto les duelen los huesos.

Y a Berta le dolieron mucho los huesos ese domingo. En especial los del dedo gordo del pie, que es donde ataca la gota.

Ustedes dirán: "¿Es la gota una enfermedad psicológica?". No. Lo que pasa es que ella se dio un atracón de chocolates después de que la retaron. Y le cayeron fatal.

Otro plan más

Así era el panorama: en vez de ser Artichoke el eliminado, su competencia había caído por *knock out*. Berta, el cañón, ya no disparaba (escuché a mi papá decir que terminó en la clínica con una dieta mínima-mínima). Julio Cabello (padre) tampoco se movía mucho, aunque se retorcía un poco al quejarse de unos flamantes y nunca antes detectados dolores en el estómago.

Yo creía que de pura tensión, pero estaba equivocado.

Ya verán por qué.

En esta escena no todo pintaba para mal.

Ese mismo domingo aterrizó mi mamá, por suerte.

Se terminaban las vacaciones y, a estas alturas, tenía ganas de contar con un adulto en la casa. Un adulto en pleno uso de sus facultades: esto quiere decir que nos mandara al Aarón y a mí a hacer las cosas que deben hacer los niños. (Espero no arrepentirme nunca de esto que he dicho).

Mi dormitorio era un chiquero y el olor de los calcetines era como un arma química. Creo que me debo haber peinado dos veces en todo ese tiempo. Por suerte no había basura y las orquídeas estaban de lo más felices, por lo que al menos una parte de la casa funcionaba normalmente.

Uf.

Cuando llegó mi mamá, me alegré un montón. Primero que nada porque echaba de menos a mi hermano Beltrán, que es chico, rompe algunas cosas, pero es muy chistoso.

Deben saber que el Beltrán no dice nada, sólo "Ka". Siempre apunta lo que quiere y grita "Ka", y todos lo entendemos. Fácil, y le resulta.

Y a mi mamá también la echaba de menos, porque cada vez que viaja llega con unas cuantas bolsas de regalos. Esta vez fueron chocolates de todos tipos.

Pero esta vez en particular yo no tenía mucho apetito, la verdad (¿y si además me daba gota?).

A mi mamá, de entrada, le pareció que la casa estaba muy desordenada y que mi papá estaba un poco marchito. Lo miró y se dio cuenta de que algo no andaba bien. Debe de haber pensado que le faltaba abono (ella piensa en todo como si fuera un jardín).

Lo sentó en un sillón y le puso la mano en la frente para ver si tenía fiebre. Estaba tibio no más, pero igual se anduvo preocupando un poco. Es que tenía cara de estar harto mal. Acostó al Beltrán (que gritó "Ka" hasta que se quedó dormido), nos mandó a ordenar el dormitorio y le empezó a preguntar a mi papá cómo se sentía.

No alcanzó a darse cuenta de que andaba en un mal día (que en verdad habían sido dos largas y muy malas semanas), cuando mi papá comenzó a quejarse de un dolor bastante más fuerte.

Esta es una de esas casualidades extrañas.

Mi papá también estaba enfermo de verdad. No era gota, como la de Berta, sino un intenso dolor de estómago.

Ya tenía la guata medio inflada, como

una pelota, y comenzó a correr en dirección al baño cada diez minutos.

Y lo que se escuchaba allí no eran carrasperas.

La cosa es que mi papá pasó la noche sin dormir. Mi mamá lo cuidó todo el tiempo, como sólo puede hacerlo una madre. No fue una buena noche.

Nosotros con el Aarón nos habíamos refugiado en el dormitorio, al que ya había entrado un poco de aire.

Parece que mi mamá tenía razón: olía distinto.

Pero lo más raro de todo es que no sólo habían caído Berta y mi papá. En otro lugar de la ciudad había otro enfermo grave y también por la comida.

Era Iván, mi jefe (bueno, ya, el de Artichoke).

Cama para tres

No puedo negar que estas vacaciones fueron muy extrañas. O más bien, siguieron siendo extrañas.

De lo que me enteré después es que con la felicidad de haber puesto mi crítica en una página importante, con la que estaba absolutamente de acuerdo, Gord se había zampado cinco combos seguidos. Como un crítico (porque pensaba que yo era uno) había escrito que esa era una comida increíble, sintió que tenía todo el permiso del mundo. Y mandó al Flaco Espinoza a

comprar cinco combos que se comió en menos de media hora, porque o si no se iban a enfriar.

Pensarán que esto es una mentira, pero fue verdad. Después de conocer a Gord, en vivo y en directo, no me quedó ninguna duda.

Y cómo lo conocí es algo tan increíble que yo mismo no lo creería si no lo hubiera vivido.

El asunto es que ese lunes partimos todos al hospital. Debieran haber empezado las clases, dirán ustedes, pero llovía de tal manera que las vacaciones de invierno se habían alargado hasta que parara el diluvio.

Entonces la escena, tipo película cómica, era así: Íbamos todos en el auto chapoteando de lo lindo por las calles y con mi papá que ya hablaba como el Beltrán. Sólo le salía "Ka", porque no podía decir nada más del dolor (y del olor fétido que había en el auto).

Fue cosa de llegar a la clínica y, después de tocarle la guata, el doctor mandó a mi papá directo a una pieza. Él, que estaba blanco como el papel, se dejó poner en una camilla y se lo llevaron. Mi mamá lo acompañó y nos dejó al Aarón y a mí cuidando al Beltrán. Ustedes dirán que fue una inconsciente, pero es que no conocen a mi mamá. Ella piensa que uno puede hacer lo que quiera si pone algo de esfuerzo.

Y el esfuerzo era para cuidar a mi pequeño pero muy importante hermano menor.

Debemos de habernos visto raros dos niños y una guagua en su coche en la sala de recepción de un hospital, pero así es mi mamá.

Todo estuvo en orden y paz hasta que el Beltrán comenzó a decir "Ka", y lo que quería decir (porque estaba muy hediondo) era Ka-ka.

Por suerte teníamos su bolso con pañales, pero no sabíamos nada de mudar a una guagua.

Fuimos primero al baño de hombres, pero ahí no había dónde poner a una guagua. Así es que partimos hacia el baño de mujeres.

Nunca había estado en uno, pero se nota que hasta en las clínicas saben que las mujeres necesitan espacio para poner sus cosas de maquillaje, porque había unos mesones enormes.

Acostamos al Beltrán en uno de ellos y le sacamos los pantalones.

La fetidez era:

a) nuclear

b) termoquímica

c) supertóxica

Escojan cualquiera, porque todas las definiciones se quedan cortas.

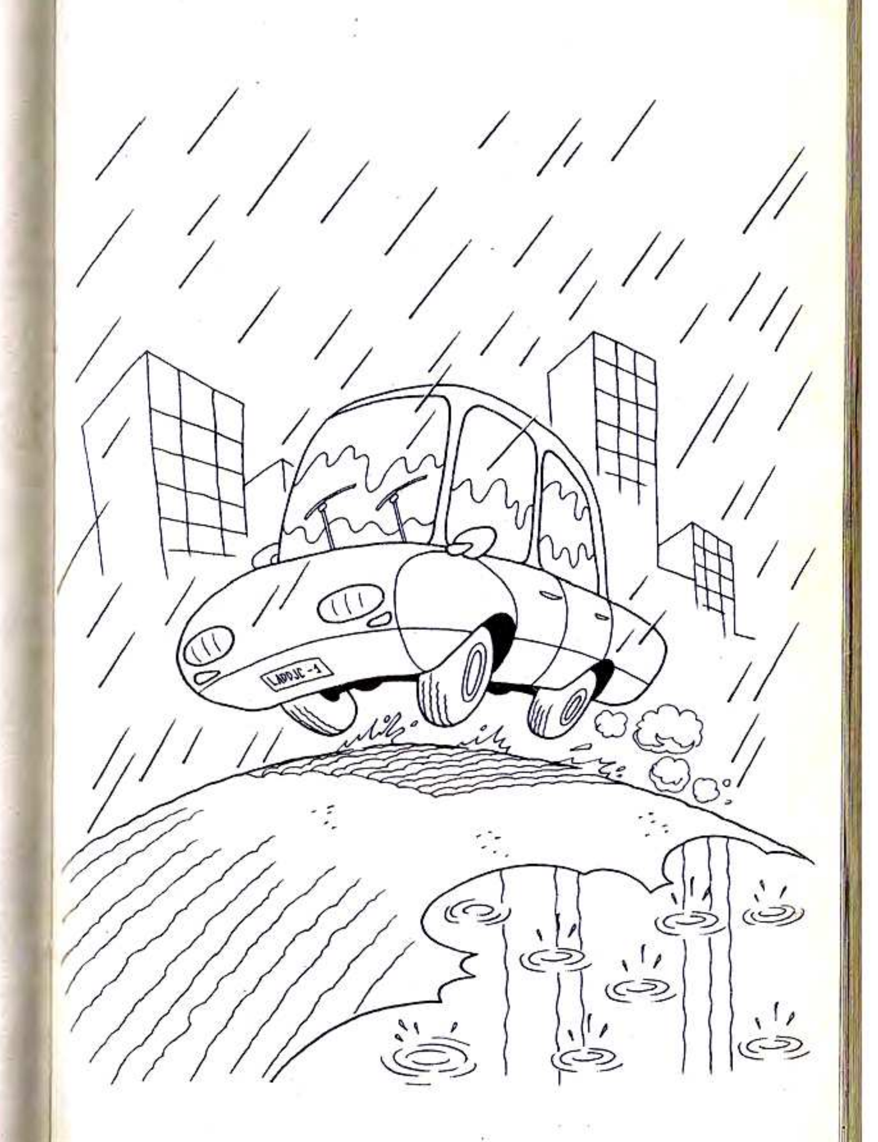
Estábamos tratando de aguantar las arcadas, cuando una señora se dio cuenta de que estábamos muy complicados y nos ayudó. Creo que jamás entendió qué hacían dos niños con una guagua, pero así fue: Ella le sacó la plasta a mi hermano chico, la botó al basurero, le limpió el poto, le puso el pañal nuevo y el cabro quedó como nuevo.

El problema es que el Beltrán, sin ningún mojón que le hiciera el contrapeso a su equilibrio precario, volvió a ser, como siempre, la guagua más rápida del Oeste y se nos empezó a escapar por los pasillos.

Nos debemos haber visto bien ridículos, dos niños arrastrando un coche vacío detrás de una guagua a veinte kilómetros (o más) por hora.

Entonces al Beltrán no se le ocurrió nada mejor que meterse a un pasillo donde decía "Se prohibe la entrada".

Es que el pobre, deben entenderlo, no sabe leer todavía.



Gordos enfermos

Así fue como terminamos en la zona más prohibida de toda la clínica.

Se llama algo así como Unidad de Cuidados Intensivos, pero debería llamarse Unidad de Guatones Intensivos, porque había allí puros gordos. Unos más, otros menos, pero todos sobrepasaban los cien kilos, calculé yo.

Íbamos persiguiendo al Beltrán, y era cosa de mirar a un lado y otro y se veían puros bultos grandes en las camas, tapados con una sábana. Eran puros guatones.

Afuera de cada puerta estaba escrito el nombre y el peso de cada paciente, pero apenas los podíamos leer porque Beltrán se escapaba como cuando en la casa jugamos con él al "corre que te pillo".

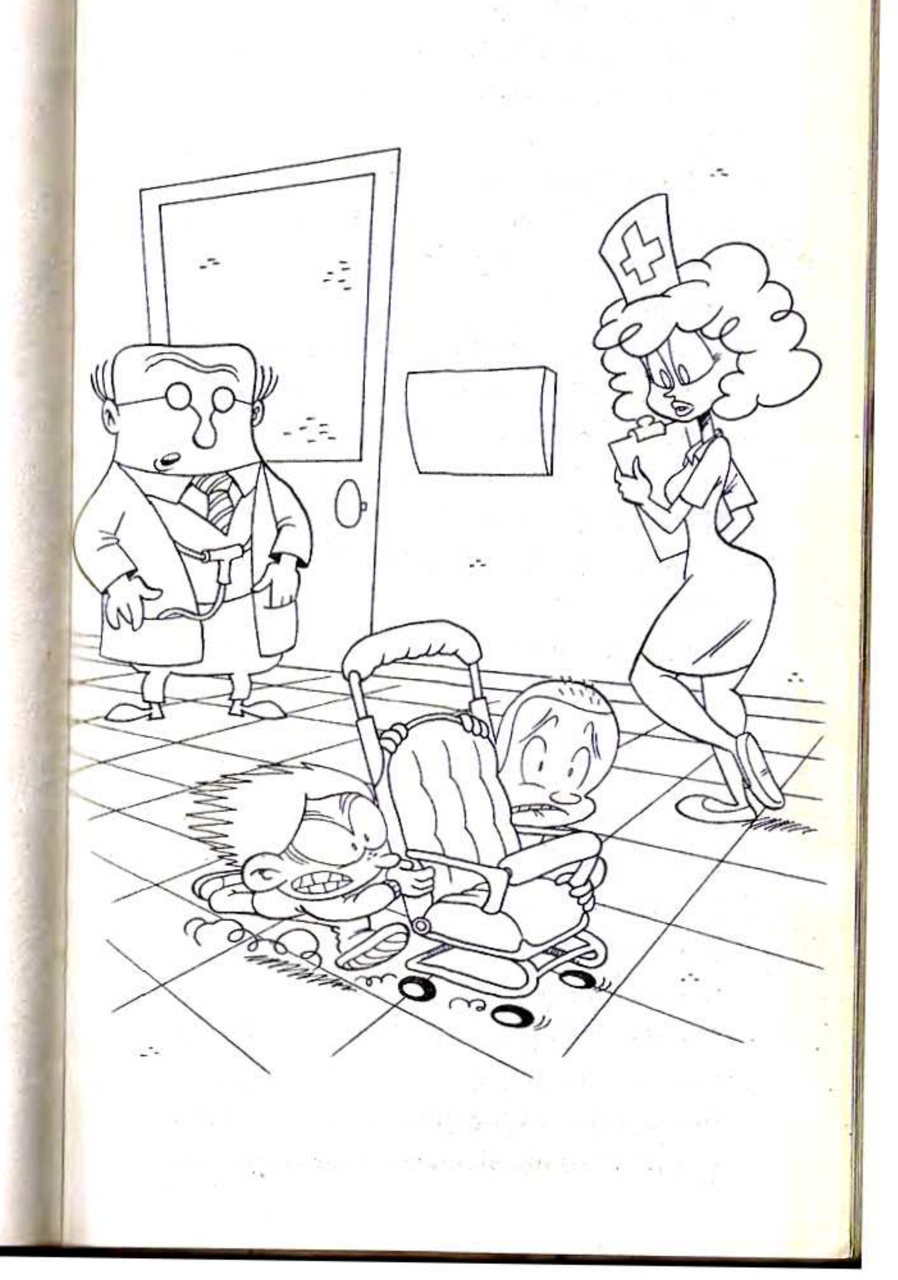
En una de sus vueltas Beltrán se metió directo a una pieza. Traté de pararlo, pero sólo alcancé a agarrarle la polera y se me escapó. Miré y pude leer apenas "Gord" en la ficha, cuando ya estaba de frente a un señor enorme, con la cara colorada y unas patillas enormes.

En ese instante, pensé que Gord era por "gordo", pero era nada menos que la pieza de mi jefe, Iván Gord.

Me quedé paralizado. Se me vinieron las últimas semanas a la cabeza de un sopetón. Hasta que empecé a darme cuenta de que el gordo resoplaba porque el Beltrán (al que le encanta apretar botones y pitutos) estaba moviendo unos cables que estaban conectados a Gord. Él ni se movía. Pensé que se iba a morir de un ataque y le quité las mangueras de las manos a mi hermano chico.

–KA –me gritó, enojado, y se puso a abrir las puertas del velador.

De golpe cayeron un montón de paquetes de galletas, una bolsa de panes, una mayonesa y dos bebidas. Beltrán, al tiro,



empezó a tratar de abrirlos. Ahí sí que el guatón se despertó.

–¡No toquen mis cosas! –dijo, con una voz de casi muerto. Y yo casi me morí del susto.

Jamás pensé que esta sería mi forma de conocer a quien me había pagado unos cuantos juegos de video y unas cuantas revistas.

Yo estaba todavía con la boca abierta, cuando Beltrán se dio media vuelta y salió corriendo hacia el pasillo. Cuando íbamos saliendo, vi un cartel que decía "Nada de alimentos por dos días".

Parece que Gord no pensaba seguir esa orden.

Beltrán siguió corriendo, y, con el Aarón (que seguía tirando el coche), íbamos detrás, tratando de parar su carrera de "Cuidado, bebé suelto". Apenas alcancé a ver a mi hermano meterse en otra pieza con la puerta abierta. Adentro estaba la gran Berta, echada en esas camas de fierro de los hospitales, blanca como estatua y con una manguerita que le tiraba líquido en el brazo. Pensé que la pobre no iba a querer comer más en su vida. Era como un tanque sin municiones (¡Qué gran metáfora! ¡Poesía pura!). Casi me alegré (por mi papá, digo), pero no era minuto para pensar en nada ni en nadie. Beltrán seguía corriendo como loco. Era como si se hubiera tomado una sobredosis de Coca-Cola. Por suerte, una enfermera lo paró. Y a nosotros detrás. Nos retó bien retados por andar en un área (dijo "área", de eso me acuerdo) donde no debían andar adultos y menos los niños. Agarró al Beltrán de un ala, lo puso en el coche y nos llevó a la sala de espera donde estaba mi mamá con cara de querer matarnos despacito.

–Llevo media hora buscándolos –nos dijo, con cara bien mala–. Tú nunca puedes hacerte cargo de nada, ni siquiera de tu hermanito, que es un santo –me dijo, mientras el cínico del Beltrán ponía su mejor cara de ángel. Cuando mi mamá se calmó (respirando y contando hasta 20), nos dijo que el papá tenía que quedarse un par de días en la clínica, hasta que le limpiaran el estómago de todas las porquerías que había comido con su amigo el día sábado.

¿Qué podía decir yo?

¿Ka?

Ahora sí que sí

Llovía como si se fuera a acabar el mundo. No dejaba de acordarme de esas películas que dan siempre en Semana Santa en que Dios manda el Diluvio para lavar los pecados, y pensé (es que no andaba muy positivo que digamos) que esta vez era para limpiar una pequeña mancha cochina llamada Artichoke.

No es que me sintiera culpable de todos esos enfermos estomacales. Total, la boca de Gord, la de Berta y la de mi papá son propiedad de ellos, y ellos hacen lo que quieran con ella. Pero algo había tenido que

ver Artichoke en esa inesperada sobrepoblación en la clínica. Eso era cierto. Por lo menos en la infeliz sobredosis de chocolates de Berta y en la sobredosis feliz de combos de Gord.

Ahora sí que ni pensaba entrar al invernadero, porque creo que de puro aparecerme se hubieran secado todas las orquídeas. Tan depre andaba yo.

La casa, con mi mamá al mando, comenzó a funcionar como un reloj: con orden, horarios y niños que se comportaban como niños.

La lluvia seguía cayendo y el Aarón se seguía quedando, porque Olga tuvo que viajar de nuevo, para salvar a algunos de sus árboles amenazados con tanta agua.

El Beltrán era uno de los más felices de vuelta en la casa, porque creo que en Estados Unidos nadie le entendía sus "Ka" y porque descubrió un montón de revistas nuevas en mi pieza.

El único problema es que no sabe leer, pero sí que sabe rayar con sus lápices.

Alcancé a salvar algunos cómics no más.

Pasaron un par de días y, de repente, mi papá apareció en la tele. Fue algo totalmente marciano. No se veía su cara claramente, porque estaba distorsionada, con esos cuadritos que ponen cuando alguien quiere mantenerse en el anonimato. En serio, no es broma.

Yo sabía que ya estaba mejor, pero que todavía no encontraban la razón de su enfermedad. Lo que entendí es que después de montones de exámenes lo habían descubierto. Y mi mamá, que veía las noticias con nosotros, no paraba de reírse.

–Pero, mamá –le dije–, mi papá está enfermo. No te puedes reír así.

–Es que fue de puro chancho. Además ya está muy sano y como dos kilos más flaco. Aunque debiera decir dos litros más flaco. Y además ustedes no saben todo lo que comió su papá antes de caer enfermo.

Y nos comenzó a leer una lista que sacó de su cartera y que, según ella, fue la confesión que hizo mi papá frente al doctor.

En la lista decía:

–Bistec de castor

–Costillar de alce

–Lomo de jabalí

Todo esto sólo en el restaurante Vikingo. Y además (nos contó la mamá, riéndose un poco más), mi papá confesó que se puso en esa comida uno de esos cascos con cachos de los vikingos. Esto no influyó en

su estómago, pero sí en su ridiculez.

Y la lista seguía así:

–Estómagos de pescado (¿Qué?)

–Pepinos de mar (¡Qué asco, esos bichos que te mean si los pescas!)

–Sopa de aleta de tiburón (¡Qué susto!)

–Lenguas de pato

–Huevos de mil años (mi mamá me explicó que son huevos que los pudren enterrándolos en el suelo, *puaj*)

Después venían los platos de la marisquería (con puras cosas poco comunes, como pejeperro, pejesapo y pejegato), y, finalmente, lo que le había preparado el *chef*:

–Liebre con chocolate (¿Será un postre?)

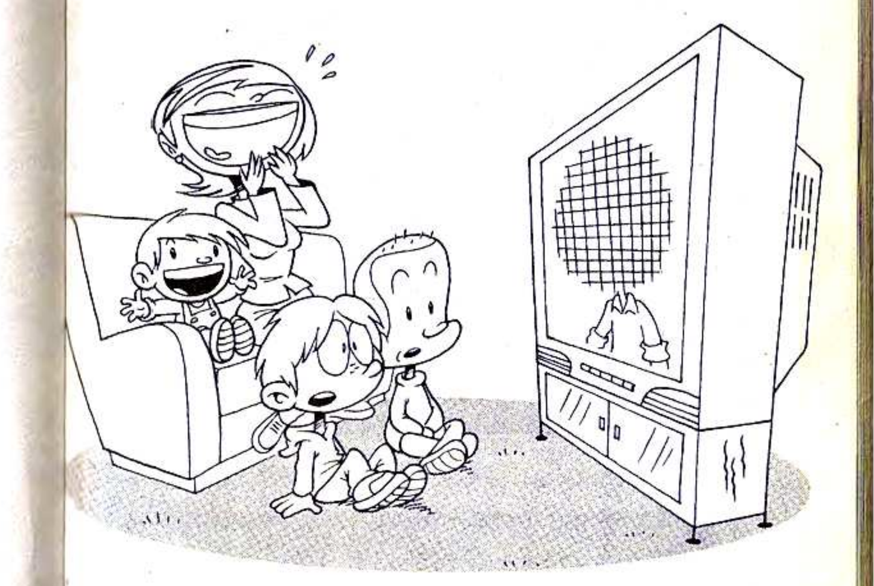
–Ubres asadas

–Sopa de rabo de buey

–¿Cómo no se iba a enfermar? –decía mi mamá–. Con todas esas cochinadas que se comió. Además que antes de venir a acostarse pasó a comerse un sándwich de potito de chancho, ahí en la calle.

Y mi mamá seguía riéndose, vaya, mientras el Aarón me decía despacito: –¿Viste que no puede ser humano? Los terrícolas no comen esas cosas.

Pero creo que ustedes se preguntan (aparte de si es marciano o no mi papá): "¿Por



qué alguien aparece en las noticias de puro chancho?". La explicación es que fue el primer caso histórico del país en enfermarse con algo llamado *Bacillus Cerus*, un microorganismo que se desarrolla feliz y campante en el arroz frito (que venía con los estómagos de pescado). Además, que el enfermo era un crítico de restaurantes, algo que lo hacía, según mi mamá, más gracioso. Sobre lo de mantener el anonimato, me explicó, fue algo que pidió mi papá para que después no lo reconocieran en los restaurantes que iba a criticar.

Afuera seguía lloviendo, y ya teníamos que ir a buscar al enfermo más famoso del día al hospital.

Cuando íbamos entrando, venían saliendo en unas sillas de ruedas la gorda Berta y el gordo Gord. Ya se veían harto más repuestos y más vivos, aunque las pobres sillas rechinaban de lo lindo bajo tanto peso.

Nosotros fuimos a buscar al papá y regresamos rápidamente a la casa.

Todo parecía volver a estar como antes, pero no era así.

Había un invitado que sobraba en esta familia feliz.

El señor Alcachofa.

Una pesadilla muy extraña

Esa misma noche tuve una pesadilla muy extraña.

Estaba yo en un tribunal, igual a esos que aparecen en las películas de la televisión. Pero no había público. Estábamos solos yo, mi papá y el Beltrán.

Entonces entró el juez, al que no se le entendía la cara, porque estaba detrás de esos cuadrados que no dejan ver. Igual que en las noticias que habíamos visto.

El que estaba en la silla de los acusados era yo, y todo empezó cuando el juez comenzó a hablar:

–Señor Cabello chico, está acusado de tener doble personalidad. ¿Qué tiene que decir su abogado al respecto?

Entonces me di cuenta de que el Beltrán era mi abogado, porque se puso muy serio y dijo (obviamente) "Kaaa".

Entonces el juez le dijo a mi papá:

–Y usted, abogado acusador (¡Mi papá estaba en mi contra! ¡Esto es una pesadilla!), ¿qué tiene que decir?

Entonces mi papá, poniéndose muy serio, adivinen lo que dijo:

–*Cof, cof*.

Y así siguió toda la pesadilla.

Mi papá hablaba con puras carrasperas y mi hermano chico con puros "Ka". Yo no podía decir nada, porque era el acusado, y si hablaba, me mandaban directo a la cárcel. Así es en las películas y supuse que así tendría que ser en mi sueño.

Allí estábamos, entre *kas* y *cofs*, cuando el juez golpeó en la mesa con su martillo y dijo que ya tenía clara mi culpabilidad.

–Señor Cabello, debe pararse para escuchar la sentencia.

Entonces el juez dijo:

–Se le condena a... "hum".

Y ahí me di cuenta de que el juez era el Aarón.

La verdad, no tengo ni la más remota idea de qué significó todo este sueño, pero que me desperté, me desperté.

Y de pasada le pegué un coscacho al Aarón, que estaba durmiendo a mi lado, por haberme hecho pasar un mal rato.

Obvio que jamás entendió por qué le pegué. Hasta hoy me pregunta qué pasó.

Adivinen qué le respondo.

Obvio. Hum.

Poniéndose bueno

Esa semana mi papá no tuvo que trabajar, porque seguía delicado. Si llegaba a carraspear, tenía que partir corriendo al baño. Debía cuidarse y el doctor le dejó una dieta a pura sopa y reposo.

Pero no sólo eso había cambiado.

Con lo que no contaba mi mamá era con mi papá obsesionado con escribir mejor sus críticas. Apenas vio los nuevos libros que había comprado, algo anduvo sospechando. Pero al segundo día de escucharlo recitar frases como "Lección uno: No debo escribir palabras que la gente no entiende",

comenzó a tostarse un poco.

Ya en la tarde de ese día, cuando mi papá siguió con sus elaboradas frases a favor de la sencillez, mi mamá comenzó a sentir que teníamos que salir a tomar mucho aire.

Todos, ella primero que nadie.

Nos agarró a los tres, le dejó la sopa en el microondas al papá y nos llevó a comer afuera. Otro milagro en estas vacaciones.

Debo contarles (porque esta es información nueva) que, a diferencia de mi papá, mi mamá prefiere otro tipo de comidas. Su restaurante favorito se llama "Orgánico-hidropónico", y su especialidad son todo tipo de vegetales. Por eso mi papá dice que allí no se come, se rumia.

Todo, absolutamente todo allí es vegetal (menos la sal que es mineral). Ni se les ocurra pedir algún animal al plato, ni en sus sueños, porque las mozas orgánicas-hidropónicas (que son todas flacas y se visten de negro) te miran como si les propusieras cometer un asesinato.

Algo así como: "Oye, nena, vamos a matar una vaca al bosque".

Ni lo intenten.

Por eso mismo nos miramos con el Aarón y escogimos entre las ensaladas de rabanitos, zapallitos y todos los vegetalitos que, no sé por qué, ponían en chiquitito. Para que sonara sanito, supongo.

Allí estábamos todos cuando, entre mastique y mastique, mi mamá comenzó a hablar de Beltrán Artichoke. Con el Aarón casi nos atragantamos con el apio.

–¿Quién será ese Artichoke, niños? La verdad es que estoy muy intrigada, porque, pese a que nadie reconoce a los críticos, entre ellos igual se conocen. Y este apareció de la nada.

Yo, haciéndome el que no sabía nada de nada, dije que seguramente sería alguien de otro país.

–O de otro planeta –dijo el Aarón, haciéndose el chistoso.

–Miren, niños, no me importa de dónde sea sino lo que está haciendo. Porque si los otros críticos comen y engordan, da lo mismo, porque nadie entiende lo que escriben y finalmente nadie come lo mismo que ellos. Pero este Beltrán...

–¿Ka? –dijo Beltrán, el original.

–No tú, mi amor, sino el Artichoke. Ese Beltrán...

–¿Ka? –dijo nuevamente mi hermano, ladeando la cabeza y pestañeando como un

angelito... cínico, se las sabe por libro.

–No, mi amor, no tú. Ese... Artichoke escribe de una manera que se le entiende todo. Y por lo que leí la última vez, sus gustos son absolutamente poco saludables. Es pura propaganda de comida basura. Es un tóxico.

Con el Aarón nos miramos. Una cosa es ser tóxico; otra muy diferente es que tu madre te lo diga. No quiero decir con esto que a veces no lo sea. Soy un niño, ¿OK? Pero que tu mamá, sin tener ni la más mínima idea de que está hablando de su hijo, suelte un juicio bastante áspero, puede ser un poco traumático.

Allí nos quedamos con el Aarón, rumiando el bolo, mientras mi mamá hacía otros comentarios poco halagadores sobre la misión educadora de los críticos. Era su punto y, pensándolo mejor, decidí hacerle caso.

Total, los adultos han aprendido a punta de equivocarse cuando eran niños. Y nuestra misión como niños es escucharlos para equivocarnos en forma distinta.

Perdón, quise decir "no equivocarnos".

Alabada sea la lechuga

Cuando volvimos a nuestro bello hogar, mi papá seguía con cara de "Prepárense, que ahí voy con mi crítica". Mi mamá lo miró y de inmediato se fue a refugiar a la cocina, porque no tenía ninguna gana de hablar sobre la sencillez de la escritura y sobre las mil nuevas formas de describir, fácilmente, un *coulis*. (¿Quieren saber qué es un maldito *coulis*? Búsquenlo en el diccionario. Ni ahí sale).

Nosotros también nos refugiamos, pero en el dormitorio. Allí estábamos con Aarón, intentando pensar mientras escuchábamos

a través de la puerta los golpes de Beltrán que quería entrar, las carreras del papá hacia el baño (mientras hablaba solo) y a mi mamá hablándole al gomero del pasillo, ya que estaba un poco marchito.

Afuera seguía lloviendo.

Apenas hubo un poco de silencio, y después de una corta conversación, decidimos (fue una decisión conjunta, pero el que la ejecutó fui yo) ser buenos.

Esto quiere decir: hablar sólo de comida sana.

Además mi papá, quién sabe, a lo mejor, llegaba a encontrar que su competencia ya no era competencia al ponerse bueno como un yogur. Con todas las veces que ya me había equivocado, ni me atrevía a presagiar qué podía pasar.

La cosa es que nos sentamos frente al computador y, al igual que Pablo Neruda, hicimos una oda a los vegetales (para el que no lo sepa, es verdad que hizo unos poemas hasta a la cebolla).

Cuando pusimos el punto final, Beltrán Artichoke se había convertido en el paladín de la comida sana, en el defensor de las betarragas, el amante de los zapallitos italianos y el Primer Ministro de "Lechugalandia".

Ya, suena un poco siútico, pero es para dejar en claro que fue una transformación radical.

Mandamos el *mail* con la conciencia muy tranquila, y esa noche tuve otro sueño de lo más raro. Julia Roberts (la flor, no la actriz) me hablaba y me decía que ahora sí que era un niño bueno.

¿Desde cuándo las flores saben qué es bueno y qué es malo?

La patudez de algunos vegetales, digo yo.

Un domingo cualquiera

Ese domingo salió un sol bello y luminoso, los pajarillos cantaban sus mejores canciones y los caracoles dejaban en el patio tras de sí un rastro brillante de baba.

Les juro que pensé que era el escenario perfecto para mi gran acto de bondad. Pero, una vez más, me había equivocado.

¡Hasta cuándo!

Esa mañana mi mamá fue a buscar los diarios, porque no quería que mi papá hiciera ningún esfuerzo. El riesgo es que no llegara después al baño.

Se sentaron en el *living* con sus 15 kilos

de papel, que a mi mamá también le gustaba leer, y fueron viendo las críticas del día. Obviamente, mi papá no había escrito, pero en el lugar de su crítica habían puesto un artículo sobre los riesgos de enfermarse con el *Bacillus Cerus*.

–Muy graciosos –dijeron papá y mamá.

Después buscaron la crítica de Berta, pero lo que encontraron en su lugar fue un didáctico reportaje sobre la gota.

–Muy, pero muy graciosos –dijeron nuevamente y al unísono.

Entonces fueron tras la presa mayor: la crítica de La Quinta.

Yo estaba dando vueltas por ahí con el Aarón, haciendo como que jugábamos con el Beltrán. Pero estábamos atentos a lo que fueran a decir.

–Esto si que no lo entiendo –dijo mi mamá.

–La verdad es que yo tampoco –dijo mi papá.

Y dejaron el diario allí, en la mesa del *living*.

Con el Aarón nos miramos porque tampoco entendimos nada de nada. Nos aproximamos con el Beltrán, que llegó primero al diario y que lo estaba comenzando a romper, cuando vimos que la crítica no estaba firmada por Artichoke y que tampoco era la crítica que habíamos mandado.

Lo que había allí era una incomprensible alabanza al *hot dog*. Firmada nada menos que por F. Espinoza.

El *coulis* de palta mayo

Esto era realmente incomprensible.

Inédito.

Insólito.

Hasta un poquito imbécil (ya, lo dije).

Díganme: ¿Quién puede llegar a entender una descripción de la palta como "suave salsa verde-hilachenta", y de la mayonesa como "delicada transformación del fruto de la gallina"?

Espinoza era un siútico, y con el Aarón no entendíamos por qué no había salido la bondadosa y didáctica crítica firmada por el renovado Beltrán Artichoke.

Con todo lo que nos habíamos esforzado.

Les juro que esperaba llenar, como mínimo, un estadio de guatones que iban a ser flacos después de puro comer lechuga.

Nos fuimos a la pieza a revisar el *mail*, por si había una explicación de lo que había pasado. Como, por ejemplo, que el mensaje jamás hubiera sido mandado.

Pero sí había sido mandado.

Bien mandado.

Y había sido respondido por el mismísimo Iván Gord.

DE: Iván Gord.

PARA: Beltrán Artichoke.

ASUNTO: Traición.

Ex estimado y todavía desconocido señor Artichoke:

Debo confesarle mi total estupor al recibir su última crítica, la cual no cumple con los requisitos mínimos para ser publicada en mi diario. Primero que nada porque no sólo alaba un tipo de comida que me parece totalmente insípida, sino además porque traiciona sus propias opiniones publicadas durante estas últimas semanas en el diario que me digno en dirigir.

No sé si usted se ha enfermado, al igual que sus colegas críticos, pero no del estómago sino de la cabeza.

Por lo mismo, le pido que se ahorre la molestia de mandar una nueva crítica, porque ya no confío en sus opiniones.

Debo confesarle que alcancé a tomarle aprecio, particularmente por su anterior colaboración, pero su "renovada" descripción de la hamburguesa con queso como un "sándwich de cadáver de vaca con plasticina amarilla derretida" va más allá de lo que puedo tolerar.

Por suerte, cuento con la ayuda de alguien que sí sabe comer bien, por lo que no se sorprenda al leer este domingo un inspirado texto firmado por mi cercano colaborador, el señor Espinoza.

Señor Artichoke, esto no es un hasta luego.

Esto es un adiós.

Adiós.

PD: Y ni espere que le pague, asqueroso gusano vegetariano.

Uf. Debo confesar que nunca me esperé esto, pero también debo confesar que nunca esperé nada de lo que pasó en estas largas vacaciones.

Lo que tampoco esperaba fue que, de golpe, sentí un alivio muy grande, como si esa alcachofa que era mi otro yo se fuera deshojando hasta desaparecer.

Qué siútico, me salió como a Espinoza.

Este es el final

Esta es la escena final, igual que en las películas de terror después de que han acuchillado, aserrado y aplastado a un montón de estudiantes tontos, y el asesino con la máscara se ha esfumado después de que lo creían muerto. La música cambia, ya es de día y los sobrevivientes respiran aliviados.

Aunque en este caso no hubo ningún cadáver, tanto la gran Berta como mi papá lo pasaron mal. Pero sobrevivieron. Artichoke ha desaparecido (mi papá todavía trata de averiguar quién fue), y la vida ha vuelto a su rutina. La lluvia paró desde ese

domingo y las clases empezaron finalmente.

¿Qué puedo sacar en limpio de todo esto? ¿Cuál es la moraleja?

Primero que nada, que no hay que gastarse la plata en puras tonteras, porque después tu hermano chico te las rompe.

Y también, que una historia con dos personajes que son una sola persona, tiene un solo final.

Fin.

PD: Y no soy un asqueroso gusano vegetariano.

